

CAPITULO X.

CLEOPATRA.

¿Qué busco? me preguntas, ¿qué me falta?
— Mandragora que acorte el tiempo odioso
Que de fastidio me devora.

SHAKSPEARE. *Antonio y Cleopatra.*

Al acabar el capítulo anterior, hemos dejado
divisar que durante cuatro ó cinco años, desde
la época en que tanto nos hemos detenido, lo
que sucedió en el castillo no necesita mas que
algunas líneas para la inteligencia de nuestra
historia. El caballero y su esposa residieron

constantemente en Martindale. Milady Peveril procuraba reparar la pérdida que la guerra civil habia causado en su fortuna, y se incomodaba un poco cuando tenian mal éxito sus planes económicos por la galante hospitalidad de su marido, objeto principal de su gasto. Estaba el caballero Peveril decidido en favor de esta hospitalidad, no solo á causa de adaptarse con su genio, sino con el intento de conservar la dignidad de su nacimiento; pues que sus antepasados no se hicieron menos famosos, segun las tradiciones conservadas, en el oficio, la cocina y la cueva, por los gordos bueyes asados en aquella y la rica cerveza que distribuyan, que por la extension de sus dominios y lo numeroso de sus vasallos.

Sin embargo estos dignos esposos vivian felices y lo pasaban bien. Es verdad que no se habia pagado la deuda en favor de Bridgenorth; pero él solo era el acreedor á los dominios de Martindale. Como todos los otros estaban pagados, se deseaba tambien mucho echar esta deuda cuanto antes, y á esto se dirigian todas las economias de lady Peveril; porque

aun cuando se pagaban regularmente los intereses al procurador Chesterfield Win-the-Fight podria de un instante á otro exigir el capital en ocasion que fuera difícil el pago. Por otra parte este fautor de Temis estaba siempre de humor sombrío, importante, misterioso, y al parecer no podia olvidar el coscorron que le habian dado en el cementerio del lugar de Moultrassie.

Lady Peveril trataba directamente algunas veces con él de este negocio; y cuando se presentaba en el castillo con este intento le parecia notar en su semblante y modales una expresion de desagrado y malignidad. Sin embargo era justo é indulgente en su porte, porque concedia facilidades y dilaciones en el pago, cuando algunas circunstancias ponian al deudor en la imposibilidad de verificarle al tiempo estipulado. Parecia, pues, á lady Peveril debia obrar en este punto, segun las órdenes terminantes de su mandatario ausente, y ella, por consecuencia, no podia menos de tomarse siempre un cierto interés por su vecino antiguo.

Poco tiempo despues que sir Geoffrey habia salido mal en su extraño proyecto de reconciliacion con el mayor Bridgenorth, este último se habia ido de Moultrassie-Hall, dejando allí su anciana casera, y nadie sabia para donde habia ido. Habia llevado consigo al reverendo señor Solsgrace, su hija Adelaida y á mistress Debora, Debbitch, instalada en el empleo de aya. Corrió algun tiempo el rumor de que no se habia retirado el mayor Bridgenorth á cierta parte lejana de Inglaterra sino para casarse con mistress Debora, y que cuando los bufones hubiesen apurado sus gracias sobre esto, volveria para hacerla dueña de su antigua morada. Sin embargo dentro de poco ya no se habló nada del negocio, y se aseguró despues que habia pasado á un pais extranjero con el objeto de asegurar la salud de su hija, cuya constitucion era siempre delicada. Pero cuando se consideraba el odio del mayor contra los papistas, y el odio aun mas encarnizado de Solsgrace, se convino por unanimidad, que para exponerse él á poner los pies en un pais católico, no le hubiera sido necesario menos

que la esperanza de convertir al papa. La opinion mas general era que se habian ido á la Nueva Inglaterra, entonces el refugio de muchos que se habian decidido demasiado á favor de los negocios pasados, ó que el deseo de gozar de una libertad de conciencia ilimitada los obligaba á salir de Inglaterra.

No podia menos lady Peveril de formar una idea vaga sobre que Bridgenorth no podia estar tan lejos. El orden que se notaba en Moultrassie-Hall, y que hacia honor á mistress Dickens la casera, asi como los criados á sus órdenes, indicaba que la vista del amo no estaba muy distante, para persuadirse que de un momento al otro esperaban se inspeccionase la casa. Era indudable que ni el procurador, ni los criados, respondian á las preguntas relativas al paradero del señor Bridgenorth, pero se expresaban, cuando se les dirigia, con una especie de misterio que decia mas de lo que ellos querian.

Casi cinco años despues de haber salido el señor Bridgenorth del pais, ocurrió un lance singular. Habia ido sir Geoffrey á las carreras

de Chesterfield, y lady Peveril que acostumbraba pasearse por las cercanías, sola ó acompañada de Ellesmere, ó de Julian, habia salido por la tarde para ir á visitar en caridad á una muger que padecia una fiebre, reputada contagiosa y que vivia en una cabaña bastante retirada. Nunca permitia lady Peveril se apoderasen de ella temores de esta especie y que la impidiesen hacer obras de caridad; pero cuidaba de no exponer á su hijo, ni su criada antigua al peligro á que se arriesgaba, porque tenia toda la confianza posible en las precauciones que usaba para evitarle.

Habia salido del castillo por la tarde á una hora bastante avanzada; lá cabaña que debia visitar estaba mas lejos de lo que creía, y ciertas ocurrencias la detuvieron bastante tiempo en casa de la enferma. Era una hermosa tarde del otoño, era luna llena y brillaba este astro con todo vigor cuando se disponia para regresar, atravesando los claros y subiendo las montañas que habia. No tenia recelo alguno en un sitio tan quieto y retirado, y mucho menos porque el camino atravesaba sus

tierras, y porque la escoltaba el hijo de la enferma, joven como de quince años. La distancia pasaba de dos millas; pero se adelantaba mucho terreno pasando por un paseo de Moultrassie-Hall. No habia tomado á la ida este camino, no porque diese crédito al rumor absurdo que corria de visiones en él aparecidas, sino porque su marido no gustaba de que los de su castillo pasaran por las tierras de su antiguo vecino, sino cuando los de Moultrassie-Hall entraban en los dominios de Martindale. La buena señora, en consideracion á lo mucho que se le concedia en materias de mayor importancia, se habia impuesto como ley no contrariar jamas las fantasias ni aun las preocupaciones de su marido, especie de compromiso que recomendamos mucho á todas las buenas casadas que conocemos, porque sorprende ciertamente lo muy dispuestos que se hallan los hombres á resignar el verdadero poder en manos del bello sexo, con tal que no se los perturbe en la posesion de algun capricho que tienen por juguete. Con todo, lady Peveril en esta ocasion, aunque el paseo de Dobby era

parte de los dominios prohibidos de Moultrassie-Hall, resolvió pasarlos por acortar el camino, y en consecuencia echó por estelado. Pero cuando el aldeanito que iba en su compañía, y que hasta entonces había venido con ella con un palo de espino en la mano silbando alegremente y con el sombrero á lo majo, advirtió que la señora se adelantaba hácia el parage formidable, se manifestó con síntomas de miedo muy grande y acercándose á ella le dijo con voz entrecortada: — ¡No vaya vm. por ahí mi lady, no vaya vm.!

Lady Peveril al verle firitar de miedo, y que todo su exterior indicaba pavor, se acordó de que el primer propietario de Moultrassie-Hall, el fabricante de cerveza de Chesterfield, que había comprado este dominio, y que había muerto en él de melancolía, por no tener otra cosa que hacer, y no sin ciertas sospechas de haber atentado él mismo contra su vida, se aparecía en este lugar solitario, según se decía generalmente, acompañado de un perro de presa, que cuando el fabricante vivía y estaba en su juicio le tenía como su favorito. Contar

con que el muchacho su compañero podría protegerla, reducido al estado en que le había puesto su miedo supersticioso, hubiera sido formar una esperanza infundada, y lady Peveril que no hallaba motivo porque temer, creyó que podría ser un acto de crueldad el obligar al muchacho cobarde que fuese mas lejos. Dióle, pues, una moneda de plata y licencia para volver á casa de su madre. Parecióle este permiso de mucho mas precio que la gratificación que se le dió, porque aun no había guardado lady Peveril su bolsillo cuando ya el ruido de las almagreñas de su valeroso escudero le dió á conocer estaba ya bien lejos. Pasó la barrera sonriéndose de un temor que calificaba de ridiculo, y bien pronto se interceptó la claridad de la luna por las ramas espesas de los olmos frondosos que la rodeaban formando una especie de bóveda que la cubria. Este sitio era el mas á propósito para ocuparse en meditaciones graves y magestuosas, y una luz aislada que á lo lejos se veía en la ventana de Moultrassie-Hall al parecer añadia un color melancólico. Pensó en el destino de esta

familia, y en mistress Bridgenorth, con quien ella se habia paseado tantas veces por aquella misma calle de árboles, y quien sin estar dotada de un talento superior, le habia siempre mostrado tanto respeto como gratitud. Se acordó de las pesadumbres que habia tenido esta muger por la pérdida de sus hijos, de su muerte inesperada, del disgusto y desesperacion de su marido, de la suerte dudosa de la niña Adelaide que aun amaba casi como hija despues de muchos años.

Estaba del todo poseida de estas ideas tristes, cuando, á la mitad de la calle andada, creyó ver á la luz escasa que penetraba por entre el follage algo parecido á un hombre. Paróse un poco por el pronto pero al instante siguió su camino. Tal vez la hizo estremecerse sin querer la idea supersticiosa de aquel tiempo, pero desechó luego todo pensamiento de aparicion sobrenatural; y, ¿qué tenia ella que temer de los hombres? un cazador de contrabando hubiera sido lo mas temible con que podria encontrarse, y en caso de serlo este no trataria sino de huir para que no le vieran.

Avanzó pues con paso firme, y tuvo la satisfaccion de ver al mismo tiempo, que el hombre á quien habia visto la dejaba el paso libre, y que se internaba en lo espeso de los árboles á la izquierda del paseo. Redobló el paso al cruzar por donde le habia visto esconderse pensando que este paseante nocturno estaba probablemente á corta distancia, y lo hizo con tan poco cuidado, que tropezando contra una gruesa rama rota por el viento, y que habia quedado al paso, cayó y dió un gran grito. Una mano vigorosa aumentó sus temores ayudándola á levantarse, al mismo instante, y una voz cuyo eco no le era desconocido, aunque no le hubiese oído mucho tiempo habia, le preguntó:

— ¿Es vm., lady Peveril?

— Yo soy, dijo, expresando su sorpresa y temor; y si no me engaño, yo hablo con el señor Bridgenorth

— Así me llamaba yo, respondió él, cuando la opresion me lo permitia.

No dijo mas, y siguió andando al lado de ella sin hablar uno ó dos minutos. Sintióse ella turbada, y para salir del paso, como tambien por

el interés verdadero que le inspiraba esta pregunta, ella trató de informarse como estaba su ahijada, Adelaida.

— No sé que quiere decir eso de ahijada, señora, respondió el mayor; es una de aquellas palabras inventadas en el tiempo de la corrupción, y de la profanación de la ley de Dios. En cuanto á la niña que debe la vida y salud al esmero de vuestra señoría, pues que este es el título mundano que tiene vm., sigue pasándolo bastante bien, según me dicen los que ahora están encargados de ella, porque hace ya tiempo que no la he visto. El recuerdo de sus bondades para con ella, y la inquietud que me ha causado su caída de vm., es lo que me ha determinado á darme á conocer, aunque sea una imprudencia que debía prohibirme el cuidado por mi seguridad.

— ¡El cuidado de su seguridad, señor Bridgenorth! Jamás he creído estuviese vm. en el caso de correr algún riesgo.

— Tiene vm. algo de nuevo que saber, señora. Pero mañana quedará vm. enterada de las razones que no me permiten mostrarme abier-

tamente aun en mis propias tierras, y que deben decidirme á no dar á conocer á alguno de los habitantes del castillo de Martindale, que me hallo ahora en estas cercanías.

— En otro tiempo, señor Bridgenorth, era vm. prudente y circunspecto; creo no se habrá vm. dejado extraviar por proyectos temerarios concebidos con demasiada precipitación; creo que...

— Perdone vm. que la interrumpa, señora. Es verdad que ya no soy el mismo; mi corazón se me ha mudado. En el tiempo á que vm. gusta referirse, yo era un hombre de este mundo, yo le concedía todos mis pensamientos, mis acciones, excepto algunos de culto exterior y de mera forma; conocía muy poco cuales eran los deberes del cristiano; no sabía el punto hasta donde debía extenderse la abnegación de sí mismo; mis pensamientos no se ocupaban sino en objetos carnales; en añadir campos á campos, riqueza á riqueza; en la igualdad del peso en que se deben mantener los partidos; en el modo de asegurarse por un lado un amigo, sin perder el que se tiene por el otro. El cielo

me ha castigado por esta apostasia, tanto mas culpable que, bajo el nombre de religion, buscaba mi propio interés como adorador ciego y carnal; pero doy gracias al que me ha sacado de tierra de Egipto.

En nuestros días, aunque tenemos bastantes ejemplos de entusiasmo, sospecharíamos hipocresía ó locura en el que lo confesara de un modo tan franco y repentino. Pero en el tiempo de que hablamos, habia gentes que confesaban altamente los mismos sentimientos. El sabio Vane, el esforzado y atrevido Harrison obraban bajo el influjo declarado de tales opiniones. Lady Peveril mas sentida que admirada, al oír las palabras que acababa el mayor de decirle, concluyó de ello, con razon bastante, que la sociedad que él habia tenido desde cierto tiempo, junto con otras circunstancias, mudaron en una llama viva la chispa que siempre se habia escondido en su corazon: esto era muy probable porque heredaba de su padre un genio melancólico, y la debilidad de su constitucion le habia dado mas acrimonia; experimentó ademas varias desgracias, y

no hay una pasion que se descubra con mas facilidad, cuando alguno se deja dominar por aquella especie de entusiasmo, cuyas pruebas acababa de dar. Limitóse pues ella á responderle con sosiego que creia no haber estado expuesto á peligro alguno por la expresion de sus pensamientos, y que no se habia hecho sospechoso.

— ¡Sospechoso, milady! exclamó el mayor; porque no puedo menos, tal es la fuerza del hábito, de darle uno de aquellos vanos titulos que nuestro orgullo nos obliga á darnos mutuamente, miserables cascotes de barro. No solo soy sospechoso, sino que me hallo expuesto á un gran peligro: si su marido de vm. me hallase ahora, á mi de nacion inglesa y en mis propios dominios, no dudo que hiciese todo el esfuerzo posible para ofrecerme en sacrificio al Moloc de la supersticion romana, que rabia por hallar victimas entre los hijos de Dios.

—Me sorprende este language, señor Bridgenorth, dijo lady Peveril, que teniendo ya deseos de dejar su compañía, tomó un paso mas apre-

surado. Pero Bridgenorth aumentó el suyo, é insistió en seguirla.

— ¿No sabe vm., la dijo él, que Satanás ha venido á la tierra, muy airado, porque su reinado es corto? El heredero presuntivo de la corona es un papista declarado; y ¿quién sería capaz de asegurar, no siendo un adulator y un delator, que quien hoy la ciñe no está dispuesto á someterse al yugo de Roma si no le contuviera el respeto de algunas almas nobles de la Cámara de los Comunes? No me creará vm., y sin embargo es muy cierto que, en mis oraciones solitarias y nocturnas, pensando en las bondades que vm. ha tenido con los miembros muertos y vivos de mi familia, suplicaba al cielo me proporcionase los medios de dar á vm. un aviso saludable; y me ha concedido mi súplica.

— Señor Bridgenorth, dijo lady Peveril, vm. era, por costumbre, moderado en sus ideas, á lo menos hablando comparativamente; y apreciaba vm. su religion, sin aborrecer la de otros.

— No viene al caso hacer memoria de lo que yo era cuando estaba sumergido en lo amargo de la hiel, y trabado con los lazos de la iniquidad. Era yo entonces semejante á Gallio que no se inquietaba por nada de esto. Estaba adherido á los bienes del mundo, gustaba del honor y reputacion que da el mundo; todos mis pensamientos estaban fijos en la tierra, y si alguna vez se levantaban hácia el cielo, era con frialdad, por pura forma, como las meditaciones de los Fariseos. En una palabra, no presentaba yo en el altar por ofrenda sino paja y bálago. El cielo me ha dado una prueba de su benevolencia castigándome. Me ha retirado todo lo que me tenia unido á la tierra. Me ha privado de lo que llama el mundo honor. Envióme á un destierro lejos de la morada de mis padres, solo, afligido, escarnecido, batido, deshonrado. Pero, ¿quién puede saber los designios de la Providencia? Por este medio ha formado ella de mí un campeón de la verdad, un hombre que tiene la vida en nada, cuando se trata de asegurar el reinado de ella. Pero no trataba yo de hablar á vm. sobre esta mate-